

## LA IDEA DE PROGRESO EN LA FILOSOFIA ARGENTINA<sup>1</sup>

por CORIOLANO ALBERINI

El señor Rector de la Universidad Nacional de Cuyo —nuestro magnífico Rector—, movido por su bondad, dinámica y peligrosa para mí, me ha conferido el altísimo honor de hablar en este acto de inauguración solemne de los cursos de la Universidad.

Se trata de un grato percance para mí, pues, admirador activo de esta nueva casa de estudios, no podía dejar de contribuir, a mi modo, en la obra que cumple su eminente Rector, sus profesores y alumnos.

El señor Rector ha tenido muchos éxitos en tan encomiable faena. Su imaginación práctica, su inteligencia generosa, su pasión por la cultura superior, su dedicación absoluta, le han permitido vencer la natural displicencia que siempre estalla negativamente y con beligerancia bárbara ante los hombres que pugnan por dar incremento a la formación de la personalidad espiritual de nuestro país.

Identificado plenamente, desde la primera hora, con el sentido de tan bello esfuerzo, he resuelto salir del silencio de mi cátedra, para pronunciar mi discurso en esta ceremonia.

Cúmpleme advertir que, no obstante mis hábitos de catedrático sólo dado a la intimidad del aula, realizo este esfuerzo con viva complacencia, porque me place hablar ante colegas y alumnos, pues yo no soy sino un profesor y nada más que profesor en un país en que todavía es poca cosa ser profesor, lo cual, si bien se mira, es una razón más para empeñarse en ser profesor, pues, al parecer, hay mucho que enseñar.

Alguna prueba de mi estimación por la obra que aquí se realiza, tenía yo el deber de manifestar públicamente. Permítaseme un vago simil: en un delicioso cuento de Anatole France, titulado "Le jongleur de Notre Dame", los monjes de un viejo convento sirven, cada uno a su manera, a la virgen. Unos cuidan de la limpieza de la imagen, otros pintan vi-

---

<sup>1</sup> Damos a conocer el texto inédito de la conferencia pronunciada por el Dr. Coriolano Alberini, en la inauguración de los cursos de la Universidad Nacional de Cuyo, en abril de 1943. Sobre la personalidad del autor, puede consultarse el tomo I de este *Anuario*, donde hemos incluido un largo estudio de las ideas filosóficas del Dr. Alberini, de Diego F. Pró.

trales, no pocos ofrecen flores y otros objetos. Un día llega al convento un viejo juglar, en extremo pobre y lleno de devoción. Nada concreto podía ofrecer a la Virgen. Pero una vez fue sorprendido por los monjes haciendo juegos malabares de un complicado tecnicismo, con sus cubiletes de juglar diestro y prestigioso. El viejo juglar estaba ofreciendo a la Virgen lo mejor que él podía darle. Algo parecido me ocurre a mí con la Universidad de Cuyo. Le traigo una conferencia filosófica, tal como puede exponerla un profesor de filosofía de ya larga historia, el cual, como dirán las personas de prudente buen sentido, puede resultar un especialista en mester de juglería metafísica. Es también lo mejor que puede ofrecerle a esta casa, aun cuando no me haga ilusiones sobre la calidad del regalo. Válgame la profunda sinceridad de mi homenaje a este nuevo instituto superior, a su Rector, profesores, estudiantes y a todos los amigos de la Universidad de Cuyo.

Hablaré como profesor, pues no me place la retórica pseudo-lírica que tanto se estila en la oratoria universitaria. La universidad es la casa de la ciencia y no cabe otro lenguaje que el de la precisión y la claridad en la forma verbal.

Me propongo dictar algo así como una clase sobre una materia que no existe en ningún plan de estudios: la historia del pensamiento argentino, con especial referencia al problema del progreso en sus relaciones con la función de la Universidad. Aspiro a demostrar que nuestro esfuerzo por dar realce a la cultura espiritual, no constituye una novedad. La historia de las ideas argentinas ofrece fundamentales antecedentes al respecto <sup>2</sup>.

Existe una brillante tradición espiritual argentina. Nuestra faena, por ende, consiste en refinarla y enriquecerla. Es necesario saber recibir la tradición para devolverla en progreso, pues no cabe crear historia fuera de la historia.

Hemos tenido grandes historiadores, idóneos en el arte de evocar el pasado argentino en su aspecto político, civil, económico y militar. No cabría decir lo mismo tocante a la historia de las ideas. Casi todo lo escrito al respecto, por lo común sabe aún a dilectantismo.

No existe una autónoma filosofía argentina, pero fuera de duda que los fundadores de la libertad externa e interna de la Nación, tuvieron un hondo amor por las ideas. No obstante ser hombres de acción, sintieron la necesidad de justificar ideológicamente su conducta pública. Más que las ideas filosóficas profesaron creencias, y cuando escribieron, casi

---

<sup>2</sup> En manuscrito se leen estas aclaraciones: "Diré aquí con inflección especial, lo dicho desde hace cerca de 30 años en mi cátedra y conferencias, y aun antes, cuando, como alumno, soñaba con hacer una historia del pensamiento argentino, excitado por las injusticias de Groussac. Sólo daré la esencia bien concentrada, pues no me place el aspecto mecánico y fichológico del trabajo mental... El que hace un libro: el pollo y las plumas... Sólo los que tienen estilo tienen derecho a escribir largo; y si lo tienen no escribirían mucho. Respecto a lo que dije en Bs. As., en Europa y Norteamérica. Ver *Metafísica de Alberdi* y *Deutsche Philosophie in Argentinien*... Hay que evitar, pues el error que aún cunde y los jóvenes repiten.

siempre nos han dejado libros de acción antes que de pensamiento. Se diría que para ellos escribió Bergson este juicio: "Hay que pensar como hombres de acción y hay que obrar como hombres de pensamiento". Tuvieron filosofía vivida, en general, más que pensada. Y mediante ella, en medio de la brega trágica por darnos patria y ley, lograron a fuerza de varonía espiritual, echar las bases de la cultura superior de la Nación. Las creencias filosóficas de nuestros próceres están cargadas de elementos filosóficos. No fueron filósofos en el sentido técnico del término, pero se dieron tiempo para leer las mejores obras filosóficas de sus contemporáneos europeos. Si no tienen originalidad intrínseca, ostentan, en forma bien perceptible, novedad de información, de selección y de aplicación a la realidad argentina. Por ello es tan difícil hacer la historia de las ideas argentinas, siempre que se corre el riesgo de caer en el abuso de lo genérico, perdiendo de vista, por carencia de espíritu discriminativo, el matiz vernáculo y personal alcanzado por nuestros próceres.

He aquí por qué, a menudo, resulta en extremo arduo dibujar con exactitud el pensamiento de estos hombres, ya que, en rigor, casi siempre se trata, más que de conceptos ricos de perfil categórico, de tendencias ideológicas que rara vez cuajan en ideas creadas bajo la plena luz de la conciencia crítica. Explícate así que el pensamiento argentino, desde sus orígenes, y en realidad hasta hoy, propenda, casi siempre, a tomar una inflexión pragmática. Pero el hecho de que el pensamiento en sí tenga modo un tanto difluente, ello no excluye que las ideas filosóficas hayan contribuido, con mucho, a la creación del espíritu argentino en el cual vivimos. El que quiera comprenderse a sí mismo, necesita trazar la genealogía inconsciente de su espíritu y esto no es posible si no conocemos el pasado espiritual de nuestra tierra.

Decía un humorista inglés: "Tenemos cuatro yos: el que creemos tener; el que desearíamos tener; el que los demás nos atribuyen y el que en realidad tenemos. . ." Lo mismo cabría afirmar del *yo* colectivo nacional. Todos estos *yos* forman una trama inextricable, capaz de hacer fracasar la fuerza analítica más fina. Sólo la historia de nuestra conducta puede hacer un poco de perspicuidad en tan compleja materia.

Si bien se mira hay un pasado espiritual tan presente como el biológico. Somos lo que somos en virtud de lo que nuestros antepasados fueron. Con razón se ha dicho, por obra de un gran filósofo contemporáneo —Benedetto Croce—, que "toda la historia es contemporánea". Y como la historia es también historia del pensamiento, es lógico suponer que somos coetáneos de nuestros procesos intelectuales, ya que estamos viviendo de las instituciones, de las leyes y otras formas de cultura por ellos creadas.

El "preámbulo" a la Constitución Argentina está fundado en creencias de carácter filosófico, como condensación práctica de un largo esfuerzo que no por ser práctico deja de tener fundamento especulativo. He ahí por qué la filosofía es consubstancial con el espíritu humano. El hombre es un ser que no sólo vive, su vida es vida consciente, y además, cuando es culto, autoconsciente, viéndose obligado, por tanto, a plantearse pro-

blemas que se refieren a la esencia de la realidad, a la esencia de la verdad y a la esencia del ideal de la vida humana. Nada más ingenuo que burlarse de la filosofía. Aristóteles que era casi tan inteligente como los negadores de la filosofía, dijo: "repudiar la filosofía es una manera de hacerla". Con razón se ha dicho que el hombre es un "animal metafísico". Poco importa que algunos prefieran invertir los términos... Un gran filósofo norteamericano, Royce, dijo que "el hombre es un animal destinado a pensar, sólo que rara vez lo hace...". No abusemos, pues, de la intermitencia, amén de que sería inútil, porque siempre se tiene una filosofía, así sea inconsciente, puesto que la vida no es posible sin creencias morales, estéticas, económicas, etc. El que imagina no tenerlas es porque vive creencias heredadas, ya que pesa sobre el hombre una herencia social, cargada de valores civiles, tan potente e ineluctable como la herencia biológica. El hombre es un ser esencialmente histórico. Creer que puede vivir fuera de la historia es tan absurdo como creer que un pez puede vivir fuera del agua, quien por penuria de cultura filosófica creyera no tener filosofía, se parecería al animal que respira oxígeno, y no lo sabe. Alimenta en el fondo de nuestra psiquis individual o colectiva, una metafísica inconsciente. Y ya que se tiene metafísica, lo mejor es iluminarla con la reflexión crítica para saber a ciencia cierta la calidad de nuestro capital espiritual.

Todos los pueblos así tengan breve historia, disfrutan de una axiología inconsciente, que desde el fondo del alma dirige nuestra conducta. De ahí que todo pueblo, así sea el más salvaje, ostenta una concepción general del mundo y la vida, dogmáticamente profesada, ya que la creencia no es posible sin un ideal, aun cuando se cambie un ideal por otro. Y no puede ser de otro modo: La vida es perentoria y no cabe esperar que los filósofos resuelvan definitivamente cuál es el legítimo ideal. De ahí el prestigio de las religiones.

Tamaño axiología inconsciente imprime a la filosofía algún carácter nacional, sin mengua de la esencia universal de todo pensamiento filosófico. Las grandes naciones europeas tienen elevados sistemas filosóficos, de valor universal, pero, si bien la filosofía, en última instancia, no tiene patria, no es menos cierto que el filósofo la tiene. La preferencia por ciertos problemas y soluciones, depende, también, del sentimiento axiológico colectivo e individual. Si esto se dice de todos los países, con mayor razón debe aplicarse a la Argentina, puesto que es un país de breve y escasa historia intelectual. Más aún: en virtud de ser una colonia recientemente emancipada, explicable resulta que su sentido valorativo de la vida tenga un carácter un tanto elemental y no siempre consciente del sentido exacto de la jerarquía de los valores; pero a través del color pragmático de su axiología, bien puede rastrearse un vivo anhelo de lograr el sentido consciente y exacto de los valores humanos cardinales y de su inmanente jerarquía.

Nuestros grandes hombres representan la transfiguración consciente y luminosa de la espontánea valoración colectiva argentina. Ellos acuñaron en creencias relevantes los impulsos inconscientes, merced al estímulo

filosófico oriundo de la lectura y meditación de tantos libros europeos, máxime los procedentes de España y Francia, que luego hemos de examinar con especial referencia al problema del progreso.

No cabe discutir aquí el poder causal histórico de las ideas. Ya se sabe que algunos autores, Marx entre otros, han tratado de probar que las ideas no son sino la máscara de algún interés económico de clase. Sin negar la parte de verdad que cabe reconocer en semejante tesis, más sectaria que filosófica, no es menos cierto que las ideas no sólo son meros epifenómenos de valor simbólico. Nuestra conciencia se resiste a negar en absoluto el carácter eficiente de nuestros ideales, libremente elaborados por nuestra razón. Repudiamos todo intento de convertir al hombre en puro autómatas. Afirmar lo contrario, equivaldría a quitarle realidad a la fuerza volitiva del espíritu humano. Debemos postular, pues, que el pensamiento así esté condicionado por una situación histórica, es también causa de la evolución social.

\* \* \*

Veamos, ahora, qué concepción tuvieron acerca del progreso los próceres intelectuales de la Argentina.

No hemos de discutir aquí todas las cuestiones que suscita la idea de progreso. Nuestro trabajo es estrictamente histórico. Examinar el problema del progreso, implicaría dedicar nuestra reflexión a graves problemas filosóficos. Bástenos decir que la idea de progreso ha alcanzado a partir del siglo XVIII, una importancia extraordinaria, sin negar, claro está, que en anteriores períodos de la filosofía mucho se dijera al respecto. Pero fuera de duda que el problema se agudiza en la época indicada.

Nuestros prohombres adoptaron determinada noción del progreso, procurando aplicarla a la realidad argentina. Con todo, cumple recordar, siquiera como punto de apoyo, que siempre creyeron en la posibilidad del progreso. En términos esquemáticos, podríamos decir que unos colocaron la edad de oro en el comienzo de la historia, otros al final de la misma, otros fuera del mundo, y, por último, algunos autores del siglo XIX, imaginaron que el perfeccionamiento de la humanidad se cumple necesaria y paulatinamente a lo largo de la historia, de tal manera que historia y progreso son términos idénticos. El progreso sería, pues, una realización relativa de cada momento histórico. La idea de progreso implica, por ende, la conciencia de la imperfección y de la realidad del mal y no menos la creencia vehemente de que este mal puede disiparse por obra del tiempo y mediante la inclinación creadora de un ideal de vida. En otros términos: el progreso, como alguien dijo, es la realización del reino de los valores mediante el esfuerzo humano. Colígrese, pues, que no cabe confundir evolución con progreso, como ha hecho Spencer. La evolución es un *hecho*; en cambio, el progreso es un problema axiológico. Se trata de la realidad no como es, sino como desearíamos que fuera. Todo está, por tanto, en saber cuáles son los valores legítimos a que debe

ajustarse la conducta humana individual y social. Fijada, pues, la meta axiológica suprema, surge una serie de problemas, entre otros la determinación de los valores-fines y de los valores-medios, el ritmo del progreso, el carácter contingente o necesario del mal, forma lineal, helicoidal, del avance, teoría de la decadencia, etc.

Veamos cómo el problema del progreso ha sido encarado por los pensadores argentinos, especialmente en algunas figuras culminantes de la Revolución y de la organización nacional.

Atento el carácter práctico de la filosofía argentina, es natural que la idea de progreso no haya sido discutida en su última instancia. Simplemente se adopta una posición con referencia a la Argentina. Prescindiremos, por consiguiente, de la filosofía colonial, para referirnos a la época de la emancipación, en primer término, tomando como símbolo de ese momento a Rivadavia, y en el período siguiente a Alberdi.

Para mejor comprender la posición del problema del progreso dentro de la evolución de las ideas argentinas, digamos sumariamente que cabe distinguir las siguientes etapas: la escolástica colonial; el iluminismo; el romanticismo; el positivismo; y la reacción contra el positivismo. Ya hemos dicho que prescindimos del primer período. El segundo, esto es el iluminismo, tiene como representante máximo a Rivadavia, quien procede en su ideología del pensamiento reformista a la manera de Carlos III. Para penetrarse de la esencia ideológica de Rivadavia es menester imaginarlo como un gran discípulo práctico del pensador que mejor representa en Francia la teoría iluminista del progreso, o sea Condorcet. Es sabido que el "Iluminismo", en general, constituye la inflexión práctica de una combinación entre las dos corrientes más relevantes de la filosofía moderna: el empirismo y el racionalismo. Bien sabemos que el iluminismo exaltó como supremo criterio de verdad de lo que es y de lo que debe ser, la razón, concebida al modo cartesiano. Esta razón está por encima de la historia, y ésta es un proceso que por sí mismo no constituye necesariamente progreso. La historia puede ser muy bien un mero repertorio de injusticias y supersticiones, no obstante tal o cual episodio luminoso. Infiérese, por tanto, que el "Iluminismo" considera que la historia como debe ser es hija de la razón humana, suprema creadora de ideales. Semejante tesis implica admitir la virtud omnímoda del poder político legiferante. La historia es lo que el hombre racional quiere que sea. Punto de vista semejante debía terminar en dos políticas: despotismo ilustrado o revolución. Contra esta teoría surge ya a fines del siglo XVIII, pero cobrando superior incremento en la primera mitad del XIX, una nueva doctrina: la teoría historicista del progreso, cuyo símbolo máximo es el gran filósofo alemán Herder, quien publica su obra magna titulada: "Filosofía de la historia de la humanidad", en 1774. Es, pues, un precursor, y sus ideas serán superiormente desenvueltas por grandes idealistas alemanes post-kantianos, especialmente por los románticos y Hegel. ¿Qué sostiene esta nueva doctrina en punto a progreso? Indiquemos la parte negativa: el progreso no está fuera de la historia. La razón no *tira* de la historia, como quiere el "Iluminismo". La razón no es tras-

cedente a la historia. La razón es inmanente al proceso histórico. Por eso, historia y progreso son términos idénticos. El "Iluminismo", hijo natural de Descartes, carece de sentido histórico. Ya lo vio Vico con genialidad precoz y premonitoria. La evolución es esencialmente progresista. De ahí por qué cada momento de la historia, así sea el más humilde, en cualquier época o lugar, si en conjunto se la contempla, constituye un progreso. Y lo mismo dígame de la naturaleza. Tal como la concibe el panteísmo romántico, al modo de Schelling, figura la más conspicua del romanticismo alemán. Oportuno fuera tratar aquí la noción de romanticismo. Esto nos llevaría, en verdad, demasiado lejos. Limitémonos a decir que el concepto popular del romanticismo es exacto; pero sólo nos revela una de las tantas modalidades del romanticismo mismo, sobre todo en su aspecto literario. Exaltación del sentimiento, derecho al ensueño, nostalgia, poesía de las tumbas, claros de luna, melodramas, etc. Empero existe un aspecto más hondo de romanticismo, como concepción general del mundo y de la vida. Podríamos decir que el romanticismo es también un realismo profundo. El otro realismo, máxime el de los filósofos anteriores al romanticismo, comienza por ser una realidad petrificada por el espíritu mecánico-matemático. No es esa la esencia de la realidad. El universo, en su forma de naturaleza e historia, es la manifestación, siempre fecunda en nuevas formas, de un espíritu divino omnicreador, de ímpetu continuo, de todo lo que existe. Estamos en pleno panteísmo. Poco importa que muchos románticos fueran católicos. En Herder, por ejemplo, figura de precursor, no obstante lo difluente de su pensamiento, podríamos encontrar el deísmo trascendente en la superficie de su doctrina, y el panteísmo en lo profundo de la misma. Este panteísmo es, pues, esencialmente evolucionista. Mas no se trata de una evolución mecánica, tal como la creara más tarde Spencer, sino de una evolución radicalmente teleológica, precisamente porque es divina. No nos asombremos, por ende, si el panteísmo ha ampliado en forma extraordinaria la visión de la naturaleza y de la historia. Se diría que así como el racionalismo mecanicista negó la historia en nombre de la naturaleza, el romanticismo dará forma histórica al mismo mundo inorgánico y orgánico. Instaurará lo que se llama "sentido histórico" de la naturaleza y de la historia profunda. A los románticos debemos la teoría del conocimiento como intuición de la realidad eternamente creadora. Nos dará el sentimiento hondo de la naturaleza, imponiendo como nunca la conciencia emocional del paisaje, del color local y de las regiones exóticas. Exaltará la fecundidad del mundo psíquico inconsciente como revelación de la fuerza divina. De ahí que el espíritu romántico provocará un copioso florecimiento de la poesía lírica y de la música. Pongamos algún ejemplo concreto: el iluminismo despreció la Edad Media, declarándola período irracional de la humanidad. Voltaire, rico de gracia cáustica, estrecho buen sentido y de estilo diáfano, representa muy bien esta actitud. Los románticos demostraron, en cambio, que la Edad Media es un momento luminoso de la humanidad. De ahí por qué abundaron tanto las novelas históricas, máxime las de Walter Scott, que evoca el pasado, no ya en forma fría y esquemática, como los clásicos franceses, sino con un profundo

sentimiento del pretérito social de la humanidad. Mejor nos explicaremos mencionando un diagnóstico de Taine: "Los personajes de la tragedia francesa parecen aforismos escapados de la Ética de Aristóteles, trajeados a la griega, o a la romana, y que hablan como caballeros de la corte de Luis XIV". Todos recuerdan la teoría del color local y la guerra al anacronismo arqueológico y psicológico. Los románticos imaginaron que la historia es un proceso sagrado. Un gran historiador dijo que cada época está próxima a Dios, pues es una forma inédita de la realidad que el espíritu divino inmanente va creando con ímpetu irrestañable. Véase, pues, cómo este espíritu romántico, no obstante sus devaneos místicos, de hecho, en punto a historia, importa nada menos que un profundo empirismo histórico. La historia tiene que hacerse con documentos, vestigio básico para la reviviscencia del pasado.

Consideremos ahora algunas de las consecuencias más prácticas de esta nueva visión del mundo y la vida. Herder tuvo discípulos en materia jurídica. El más conspicuo de ellos fue Savigny, el gran restaurador del derecho romano. ¿Por qué de este derecho? El propósito es bien claro: contra la teoría contractual del Estado y del derecho, a la manera del siglo XVIII, que concibe la legislación como hija de la razón natural, corresponde probar que el derecho es una creación esencialmente histórica, pues se va formando paulatinamente con la misma naturalidad con que surge una planta. El derecho es hijo del espíritu colectivo, el cual se manifiesta como hecho esencialmente histórico. La nueva teoría historicista del derecho, imagina, además, que la sociedad humana es un todo orgánico. No hay individuo en sí, concebido como un átomo social, con sus derechos innatos por ser individuo, dirá Comte, pleno de romanticismo histórico sin saberlo. La persona, más que una unidad social, es un producto social. Infiérese de aquí que la tradición es fundamentalísima para todo intento de reforma jurídica. Esta doctrina penetrará en Francia, nación cuyo pensamiento filosófico en la primera mitad del siglo XIX está dominado por el espíritu de la filosofía germánica, no obstante la bella reflexión vernácula que le impone el genio gálico. Más diáfano resultará todo esto si nos permitimos caracterizar brevemente la filosofía francesa de la primera mitad del siglo XIX. El aspecto político de estas doctrinas, en su parte negativa, importa una reacción contra la revolución francesa, explicable por la natural decepción que suelen dejar las revoluciones cuando se verifica que las utopías apenas si se realizaron en parte. Pero tampoco cabe afirmar que estas nuevas doctrinas nieguen en absoluto los ideales del iluminismo, cuya expresión relevante, en materia de teoría del progreso, es, como dijimos la de Condorcet, Vico y De Maistre. Pero veamos, ante todo, cuáles son las escuelas políticas mencionadas: Podemos reducirlas a cuatro: escuela teocrática; liberalismo oligárquico; liberalismo democrático; y socialismo utópico.

No obstante la discrepancia entre estas escuelas, todas tienen un denominador común: la nueva teoría historicista del progreso, sentida especialmente a través de Herder. Por consejo de Cousin, la gran obra de Herder fue traducida al francés, en 1828, por el liberal romántico demo-

crático Edgardo Quinet. Esta obra tuvo extraordinaria influencia, directa e indirecta, concreta o difusa, en Francia y en Hispano-América. Mucho interesa señalar que el traductor francés pone un prólogo a la traducción que de hecho influye más que la obra traducida. Se explica. La teoría historicista del progreso implicaba un riesgo: consagrar el valor excesivo de la tradición y del espíritu conservador. Por ello, los representantes de las cuatro escuelas mencionadas, o mejor dicho de las tres últimas, trataron de demostrar que el "historicismo" revelaba, precisamente, el progreso paulatino de la libertad. A la libertad del iluminismo oponían la libertad como lógica consecuencia de una nueva teoría del progreso. Veamos ahora la repercusión de estas tendencias filosófico-políticas en la Argentina. Hacia 1830 vuelve a Bs. As., don Esteban Echeverría, procedente de París, donde había intensificado y renovado totalmente su cultura. Cuando él está en París la obra de Herder, recientemente traducida, tiene una repercusión extraordinaria. Al volver a Bs. As. se encuentra con el fracaso de la presidencia unitaria de Rivadavia. Ve de inmediato que este expresidente es un producto genuino del abstracto y antihistórico "iluminismo", en cuyos principios se había educado Rivadavia, como casi todos los hombres de la Revolución de Mayo. En efecto, Rivadavia era admirador y discípulo de uno de los últimos representantes del iluminismo, el inglés Bentham. Conste que este filósofo del derecho y de la economía, profesaba doctrinas fundadas en un utilitarismo en extremo calculador y abstracto. Recuérdese si no que se había dedicado a elaborar "constituciones ideales", con método *a priori*, aplicables a cualquier comarca del mundo. Obseso en el afán de pensar en el hombre como debe ser, poco o nada tenía en cuenta al hombre como es en verdad. Elevado por su rica fantasía utópica, ofreció "constituciones" perfectas a Miranda, a Rivadavia y a prohombres de Chile. Según Echeverría, Rivadavia dominado por su educación abstracta, no comprendió la realidad argentina, precisamente porque carecía de sentido histórico. Ignoraba que la Constitución argentina debe estar inspirada en el "ideal de Mayo", esto es, en los principios aceptables del iluminismo. Pero una cosa son los fines y otras los medios. Estos dependen de la realidad geográfica y de la situación histórica especial de cada país. Por no ser posible dar cuenta prolija de todo el pensamiento de Echeverría, que luego inspirará a lo que podemos llamar la escuela romántica argentina, formada por Alberdi, Sarmiento, Vicente Fidel López, Mitre y otras figuras no menos eminentes, es preferible referirse sólo a Alberdi, puesto que como pensador político resulta, sin duda, el más completo y lúcido de todos. Harto popular es el libro de Alberdi titulado "Las Bases", obra que contiene el programa de una técnica del progreso argentino, que deberá concretarse en una "Constitución". Esta obra permite suponer que tenía razón Goethe cuando dijo que la gloria consiste en ser mencionado sin ser leído. Tanto es así, que el célebre trabajo lleva en realidad un título muy sugestivo, por pocos conocido en su integridad. Helo aquí: "Bases y puntos de partida para la organización política de la República Argentina, derivados de la ley que preside el desarrollo de la civilización en la América del Sud y del Tratado del

litoral de 1831". Groussac se burla de este título, donde lo solemne de la primera parte contrasta con el prosaísmo detallista de la segunda. No discutimos sobre gustos literarios. Groussac poco entendió de filosofía. Le sobra buen sentido volteriano. . . Ya se sabe que este gran historiador y estilista fue una especie de jíbaro de la crítica. Era todo un especialista como reductor de cabezas próceres. Le faltaba, sin embargo, saber filosófico y los recursos intelectuales necesarios para rastrear el sentido de tan largo título. Nada se puede comprender en esta obra si se olvida la anterior de Alberdi, titulada "Fragmento preliminar al estudio del derecho". Grave absurdo sería separar ambas obras. Constituyen una unidad bifronte. La teoría historicista del progreso, que es ley universal en el "Fragmento", es válida para todo el mundo civilizado; en las "Bases", en cambio, la *forma especial* que, acorde con la naturaleza y la historia, debe asumir esa ley en la Argentina. Existe, debe existir, *una forma argentina del progreso*. Repitiendo a Cousin, transmisor hegeliano, o mejor herderiano, cree que lo universal se encarna en lo particular<sup>3</sup>. Mencionemos los principios fundamentales de la filosofía de Alberdi. Primero: existencia de Dios y orden divino del mundo; segundo: teoría providencial del progreso; tercero: exaltación del cristianismo; cuarto: dualismo de alma y cuerpo; quinto: fundamento ético del derecho histórico y positivo; sexto: la libertad en todas sus formas y su carácter esencialmente cristiano; séptimo: lo útil como valor medio y el bien como valor fin.

Superfluo decir, entonces, que Alberdi nada tiene de positivista. Tal es el absurdo ingenuo de Groussac, repetido, sin estilo por Ingenieros y Korn y la prole malcriada. . . Las ilusiones al respecto residen en que Alberdi trata de conciliar el carácter universal de la ley del progreso sostenida por el iluminismo, con el empirismo historicista traído por el romanticismo, a la manera de Herder. La victoria de Caseros hizo perder la conciencia de la oposición de la escuela de Echeverría contra la mentalidad unitaria. Alberdi acusó constantemente a Rivadavia y sus prosélitos de ser "abstractores de quintaesencias". Por deficiente educación filosófica no comprendieron que el feudalismo del *Interland* argentino era una profunda realidad. Con ella era menester contar para que tuviera legítima organización jurídica el país. Resulta interesante recordar que, en nota al *Fragmento*, Alberdi insinúa que Rosas tiene más "sentido histórico" que los iluministas argentinos. . . Después tuvo otro parecer. Ciertamente que el dictador llegaba a eso, no por reflexión filosófica, sino por un fuerte instinto de la tierra y de sus tradiciones ineluctables. El autor de las "Bases" acepta el espíritu federal, pero libre de sus representantes silvestres, los caudillos. Como es natural, también negará a Rosas. Esta crítica severa al aspecto abstracto de la doctrina unitaria, se halla también en Sarmiento. En "Facundo" se encuentra una sugestiva psicología del temperamento *deductivo* de los unitarios y su psicología. La primera parte del "Facundo"

<sup>3</sup> El autor añadió en su manuscrito: "Hácenos gracia aquí el pavoneo bibliográfico tudesco en demasia"; según Mitre la moda de Madrid pasada por el trópico. Los catálogos conviene distribuirlos al pie de la cátedra.

es de cepa manifiestamente herderiana. Explica la aparición del caudillo en virtud del ambiente telúrico y moral de las regiones en que surge. En la segunda, en cambio, Sarmiento toma una posición francamente iluminista. La tendencia es común en todos los hombres de la escuela de Echeverría, con mayor o menor grado. Para hablar en forma sintética, cabe decir que en punto a la concepción del progreso argentino, estos próceres consideran que se debe conciliar el iluminismo como ideal de cultura, con la conciencia geográfica e histórica como medio para cumplir aquellos fines. No se diga que estamos en presencia de la doctrina del *clima*, a la manera de Montesquieu. La tesis del gran pensador francés, en substancia, sigue siendo iluminista. Siempre se trata de la *razón* cartesiana como fuente esencial del derecho y factor supremo del progreso, salvo que esa razón encuentra limitaciones contingentes en la circunstancia telúrica o en las costumbres. Alberdi, como Cousin, cree que en la teoría de la evolución del derecho de Montesquieu falta espíritu genético, pues la historia progresista, lejos de hallar obstáculos en el clima y otros factores, encuentra precisamente, una de las causas positivas de la realización específica de la ley universal del progreso. Por eso nos hablará un lenguaje raro, resabio ingenuo de sus lecturas filosóficas, de la "unión panteísta" de unitarismo y federalismo. Con la misma lógica, dice, de acuerdo con Echeverría y Mazzini, repitiendo un concepto herderiano, que la nación es "sagrada". "Cuando Dios crea una nación no se repite". De ahí el profundo realismo nacional de Alberdi, no obstante su gusto por la trascendencia. Los unitarios, hijos del siglo XVIII, estaban atiborrados de abstracta cultura iluminista y exigieron la realización de un olímpico progresismo en el vacío histórico. La displicencia de Alberdi contra los unitarios jamás cejó un momento. A tal extremo llevó su oposición, que, por exceso de su misma tesis beligerante, complacía en repudiar la cultura humanista de algunos de los más eminentes colaboradores de Rivadavia. Veía en ellos perniciosos resabios de baja escolástica enturbiada por mala lectura de libros del siglo XVIII. Coincidencia con Sarmiento.

"Las Bases" es un libro fundado en el "Fragmento preliminar", esto es, en una metafísica espiritualista. Con ese libro ha querido darnos la organización instrumental del progreso argentino, "material e inteligente", como él dice. Tratábase sin duda de una enérgica política de los medios, pero en función de los fines. En el sistema ético de Alberdi jamás se someten los valores-fines a los valores-medios. Dice que la utilidad es medio y el bien moral es fin. Imaginó, insistimos, una técnica historicista para un ideal iluminista. Su ideal es el de Mayo, pero refinado con espiritualismo ecléctico. Sus predilectos valores supremos son: Justicia, bondad, lealtad, cultura. Era menester cuidar el cuerpo de la Argentina, para colaborar en la creación del alma que la patria merecía. Si exacerbó circunstancialmente la política de los medios, como ocurre en las "Bases", ello se debe a la dolorosa conciencia del desierto argentino.

Sus ideas educacionales pueden provocar críticas, porque exaltó la educación técnica industrial. Grandes censuras mereció por su aforismo "go-

bernar es poblar". No hagamos interpretaciones absurdas<sup>4</sup>. Si bien se lo comprende, llegamos a esta especie de sorites: gobernar para poblar, poblar para trabajar, enriquecerse para tener cultura, tener cultura para lograr libertad y dignidad. Alberdí ni siquiera afirmó la sucesión de estos valores, sino un sabio entrevero de todos, siempre que no se llame cultura al palabriso disolvente. Sólo el trabajo puede darnos libertad, dice, la "libertad morigerada y vivida". Se ha hablado del "materialismo histórico" de Alberdí. Nada más absurdo. Jamás subordinó el derecho a la economía. En la causalidad histórico-social reconoce como causa primera y absoluta el impulso progresista de esencia providencial. Las otras son causas segundas. Admite, por ejemplo, que las ideas expresan interés, pero discute la ética del interés. Declara que lo útil es un bien, pero no "el" bien. Se lo llama materialista histórico, porque entre otras cosas dijo que Rosas era la expresión de la omnipotencia aduanera de Bs. As. Sin embargo, bueno fuera agregar que él no justifica ni admite la inevitabilidad del hecho. Su genuina teoría histórica insiste en afirmar que el hombre no tiene libertad para cambiar los fines providenciales de la historia. En este caso, la libertad no sería si no, de acuerdo con Spinoza, "la conciencia de la libertad".

Claro está que este concepto espinociano le ha venido a través del herderismo y de Cousin. El hombre tiene, en cambio, —agrega— libertad para percibir el designio absoluto y el ritmo del devenir social, y sobre todo tiene libertad, en el sentido pleno del término, para colaborar con el esfuerzo del ser que se realiza paulatinamente en sus manifestaciones históricas. Los valores-medios condicionan, pues, mucho o poco, el cumplimiento de los valores-fines, pero no los constituyen. El factor económico no es una causa primera, sino segunda. No hablemos, pues, del materialismo histórico de Alberdí. Los que tal dicen semi-piengan. Dicen algo al borde . . . Males de la semicultura militante.

Ahora bien. Permítasenos resumir la filosofía del progreso en los iluministas y románticos argentinos. Resulta claro que, en primer término, la historia es un proceso esencialmente telético y, por ende, progresista, movida por un designio divino, de carácter cristiano.

La historia lo mismo sería progreso aunque los hombres no lo quisieran. Quiere decir, pues, que el progreso no es un producto exclusivo del esfuerzo humano, según la definición provisoria que dimos al comienzo de esta conferencia, recordando a García Morente. En segundo término, el progreso es también obra de la libre voluntad racional del hombre, pero, siempre que esta voluntad engrane en la realidad específica de cada país. Los valores-fines son los mismos que quiere el iluminismo cristianizado. Los valores-medios deben estar subordinados a los valores espirituales. Pero la técnica para cumplir las finalidades supremas no debe ser iluminista. Ello equivaldría a creer que se puede progresar atribuyendo a la realidad social una extrema plasticidad. Tal fue el pensamiento que ani-

<sup>4</sup> El autor añadió en el manuscrito: [No se altere el pensar. Venga el escupitajo extraño a la estatua ausente, pero comprendiendo. Se puede comprender a Alberdí, sin adoptarlo].

mó a los hombres de la organización nacional. No eran filósofos originales. Adoptaron, eso sí, la mejor filosofía de su época, pero como tenían conciencia de la nueva realidad argentina, buscaron la manera de organizar su evolución ascendente, mediante una doctrina del progreso apta para elevarnos a una organización jurídica específicamente nacional, y así evitaron la repetición del fracaso unitario. Fruto glorioso de tan genial esfuerzo es la "Constitución" nacional que nos rige<sup>5</sup>. Y ahora hagamos una pregunta: ¿Alberdi, como sus colegas, adoptó, al pie de la letra, la doctrina historicista del progreso? Puede asegurarse que no. Esa doctrina implica, en cierto modo, un fatalismo optimista, puesto que la evolución histórica conduce necesariamente al triunfo paulatino de los valores supremos. En Francia, Herder tuvo sus grandes admiradores, pero a la vez críticos severos. [Renouvier]<sup>6</sup>. Su apóstol principal fue Lermínier, autor leído por nuestros próceres de la organización nacional; pero la doctrina de Savigny, oriunda de Herder, sufre una seria modificación en la mente de Lermínier, y no menos manifiesta es la reforma que el historicismo francés sufre en Alberdi. Nos explicaremos con una fórmula un tanto esquemática: para el gran juriconsulto alemán, Savigny, en toda ley hay un 10 por ciento de "racionalidad" y un 90 por ciento de "historicidad". No puede darse nada más conservador. Lermínier, en cambio, a fuer de buen ciudadano de la patria de Descartes, admite que la ley sólo tiene un 60 por ciento de historicidad y el resto de racionalidad; se trata, pues, de una doctrina, en buena parte, conservadora, aunque tendiente a ecléctica. Pero Alberdi vive en la Argentina, país bárbaro o impotente, de "destino manifiesto", dominado por los caudillos. De admitirse la doctrina historicista al pie de la letra, el federalismo silvestre resultaría *demasiado providencial*. Por eso modifica la tesis historicista, aumentando en alta dosis la cantidad de elemento libre racional, que él toma del filósofo francés Jouffroy. Estas dosificaciones son indispensables si se quiere que la historia de las ideas argentinas tenga la exactitud que corresponde y no se amengue la legítima originalidad de nuestros próceres. De más está decir que aquí correspondería recordar el célebre prólogo de Edgardo Quinet a la traducción de Herder. El liberal romántico francés sostendrá reformando a Herder, que el carácter providencial del progreso histórico no excluye un alto grado de libre iniciativa humana. [Tal vió Bilbao]<sup>7</sup>. Dios ha puesto el designio en las cosas pero el hombre, lleno de sentido histórico, esto es, de conciencia de Dios, realiza el designio con libre técnica propia. Cosa al extremo interesante resulta recordar el último colapso del herderismo en la Argentina. Me refiero a la célebre controversia histórica entre

---

<sup>5</sup> El autor añadió en el manuscrito: [Constitución: obra maestra, así nadie crea en la eternidad de las constituciones. Hasta para renegar de ella es menester contar con el clima espiritual que ella ha creado. Y toda nueva constitución no podría eludir los principios filosóficos cardinales contenidos en ella, pues son anteriores a ella. Esencia de la cultura de Occidente, sean cuales fueren las inflexiones prácticas que las específicas situaciones históricas impongan].

<sup>6</sup> El autor incorporó al manuscrito el nombre de [Renouvier].

<sup>7</sup> Agregado por el autor en el manuscrito: [Tal vió Bilbao].

Mitre y López. El segundo, llevado por su espíritu polémico, criticó la actitud de San Martín frente al problema de las guerras civiles, alegando que debió proceder de otro modo. La historia fue como debía ser, lo cual implicaba ser demasiado infiel al herderismo de su juventud. Mitre, lleno de buen sentido, le replica que no hay que abusar del espíritu ucrónico en la historia. Una vez que un proceso histórico está cumplido, el historiador debe limitarse a comprenderlo mediante los documentos y a este respecto es interesante recordar que Mitre cita un fragmento de "Ucronia", obra de Renouvier. Fue el filósofo que en Francia se caracterizó por ser el más severo crítico de todas las filosofías de la historia impregnadas de espíritu fatalista, en su doble forma mecanista o espiritualista. Mitre afirma que todo proceso histórico puede tener una parte de fatalidad, una de contingencia y otra de libertad; pero para discernir cada uno de esos elementos es absolutamente indispensable el auxilio de la documentación histórica.

Aquí termina en la historia de las ideas argentinas la acción de la filosofía del progreso entendido al modo de Herder o de sus discípulos franceses.

Hacia 1870 aparece en la Argentina una nueva ideología: el "Positivismo". La generación del 80 se forma en este pensamiento. Alberdi mismo es interpretado en forma positivista, rayana en materialismo. El violento progreso vegetativo del país favorece esta ideología. Se ponen de moda Spencer, Comte, Haeckel y otros corifeos del positivismo. Taine y Renán también son leídos, aunque desnatados. Bueno es decir que ambos grandes escritores son sólo positivistas a medias. Pero sus discípulos argentinos no ven la otra mitad. La meditación aún sobre los primeros principios de la filosofía ya no interesa; todos se declaran antimetafísicos. En materia de ética prima el utilitarismo más o menos social. Algunos espíritus brillantes, cultivan las ciencias naturales y sociales. Ameghino, grande hombre de ciencia, nos ofrece un sistema cosmológico, en su conferencia titulada: "Mi Credo", de inspiración muy haeckeliana. [Dado a las hipérbolas haeckelianas]<sup>8</sup>. José María Ramos Mejía, aplica a las ciencias históricas los principios del materialismo médico y las doctrinas mesológicas de Taine y otros. Los comtianos, más o menos heterodoxos, aplican el positivismo a la ciencia de la educación. Este nuevo espíritu tiene sus últimas y tardías manifestaciones en Bunge, Ingenieros y otros. Ya que hablo en Mendoza, una situación singular, por el brillo de su ingenio, a menudo pintoresco y campechano, tiene Agustín Alvarez. Es sin duda la más interesante figura de moralista surgida en el clima del positivismo. No le preocupan mucho los problemas filosóficos, pero sobremanera le apasiona la crítica de la moral de sus contemporáneos, que él expone en múltiples libros, cuya lectura es de singular agrado. Reniega de la metafísica y de la teología. Su clerofobia es divertidamente maniática. Pero sería injusto negarle un rigor moral hecho de honradez absoluta, que

---

<sup>8</sup> Agregado por el autor en el manuscrito: [Dado a las hipérbolas haeckelianas].

trasciende los límites de su utilitarismo social, liberal y democrático, vinculado al parecer, a los moralistas del positivismo anglosajón. Entiende que la ética es hija de una larga experiencia social humana. Las religiones no han servido sino como andamios para construir esta ética, pero, dado, lo que él llama la "imbecilidad humana", la moral continúa bajo la certidumbre de sus propios andamios de ultratumba. Considera que el progreso moral consiste en liberarse de todas las supersticiones. Con un símil pintoresco, dice que el hombre es como el armadillo: "vive arrastrando la cacerola en que lo van a freír". No cabe negar que es una figura de polemista llena de evidente pureza moral, y, substancia mucho más cristiana de lo que él cree. Su ética, en definitiva, está compuesta de elementos estoicos y cristianos, a la manera de Stuart Mill. Si bien se mira, sus denuestos contra la ética católica, mucho recuerdan a los de Voltaire, pero de un Voltaire pasado por la pampa. Se diría que leyó el diccionario filosófico del gran satírico debajo de un ombú y luego se vino a Buenos Aires a fulminar, como un profeta judío, con mucho del ingenio y picardía de Vizcacha, la estolidez y la bajeza moral de sus contemporáneos. Podría decirse que los positivistas de mayor envergadura moral realizan una interesante paradoja: profesar, sin saberlo, una metafísica un tanto vaga, inconsciente, por lo común. Si profundizaran en los supuestos tácitos de su propia actitud, descubrirían que están profesando una especie de materialismo filantrópico, sin sospechar que la ética implica la libertad del espíritu, y ya se sabe que esta libertad mal condice con una concepción absolutamente mecánica del universo y de la vida humana. El positivismo agnóstico en sus intenciones, de hecho tuvo veleidades materialistas. Su santo horror a la metafísica, no ha servido sino para exacerbar los defectos orgánicos de la mentalidad argentina, puesto que contribuyó a deprimir las más profundas y angustiosas preocupaciones del espíritu humano. Creyeron que refutar determinados sistemas metafísicos, implicaba negar el espíritu metafísico. Ignoran que la inquietud metafísica mantiene enhiesta la actividad del alma y es irremplazable fermento del progreso del saber, inclusive del científico. El positivismo, máxime a la manera de Comte, roído por su afán de poner la ciencia al servicio de la utilidad social, no vaciló en petrificar un determinado momento de la ciencia, a costa de sus formas inéditas. Recuérdese si no la displicencia de Comte frente al descubrimiento del análisis espectral. Creyó que la inquietud problemática de la ciencia comprometía el orden social. Si el positivismo es filosofía pretendidamente libre de metafísica, y por tanto, frívola por naturaleza, tiene en nuestro sentir, un defecto más grave aún. Es una filosofía anti-educativa. En Europa, donde hay recia cultura filosófica, el positivismo es algo así como un adoquín que el sólido estómago intelectual de países de honda tradición científica y filosófica, puede digerir con facilidad. No cabe decir lo mismo cuando se trata de países sudamericanos, horros de saber y conciencia de crítica. La vegetativa mentalidad colonial, persistente aún a través de la cultura de los países emancipados, halla en el positivismo una especie de catalizador, pues el inveterado pragmatismo, propio de comarcas paupérrimas de espíritu, se exacerba singularmente. El positivis-

mo se convierte en doctrina de vivencia práctica, logra forma difusa e impregna todo el espíritu de la época. Por eso, en la Argentina el positivismo resultó antieducativo, si en conjunto se lo mira. Ello no excluye, claro está, que también haya tenido algunos buenos frutos, sobre todo si se considera el innato vigor moral de algunos de sus representantes, quienes bien merecían profesar otra filosofía. Algunos de los moralistas del positivismo profesan una metafísica inconsciente, negadora de la realidad del espíritu, pero, como les sobra espíritu, la energía con que lo niegan evidencia la realidad del mismo. Hasta pareciera que se trata de una coquetería filosófica. Pocos creen en la realidad del espíritu, pero lo ponen a manos llenas, aunque tosco y prosaico, en su obra teórica y práctica. Tal el caso de la simpática figura moral de Agustín Alvarez.



No hemos de contribuir a hacer la historia de los errores prácticos del positivismo argentino. Mucho habría que decir sobre el influjo funesto que ha tenido en materia de enseñanza, sin negar, claro está, que ha contribuido a la organización de la enseñanza primaria.

No cabe decir lo mismo de la secundaria, cuya crisis actual es obra del positivismo. Alguien dijo que el problema de la enseñanza secundaria es el problema de la inteligencia argentina. He ahí por qué el problema de la educación es importante en todo el mundo, pero sobre todo en países nuevos, máxime si tienen un suelo rico, fácilmente explotable. La euforia económica enerva la autocreación del espíritu. El progreso vegetativo tiende a instaurar la prelación de los valores-medios a costa de los valores-fines. La Universidad ha sido víctima de nuestra mediocre enseñanza secundaria. Se ha acusado a nuestra Universidad de ser una mera juxtaposición de escuelas profesionales. Nada más justo. Nuestra Universidad no tiene sino ciencia profesional, esto es, unilateralidad utilitaria. Rara vez se ha cultivado la ciencia pura, aun en su forma especialísima. El sentido lírico de la verdad por la verdad misma, casi no existe en nuestra Universidad. Sin embargo, la ciencia pura es la condición previa de la ciencia técnica. La mentalidad positivista corriente, quiere el fruto utilitario, pero no cuida el árbol. Edison y Marconi son magníficos genios pragmáticos pero nada hubieran podido hacer sin la labor genial de los grandes físicos que tuvieron la pasión de la verdad como valor en sí, sin pensar en las posibles consecuencias técnicas. Otro grave vicio de nuestra Universidad reside en la ausencia de espíritu científico y de fundamento filosófico. Bien sabido es que nuestras universidades constituyen un conglomerado inorgánico de escuelas profesionales, sin más vínculo que una artificial y, en definitiva, superflua unidad administrativa. Hace muchos años un eminente diputado socialista, el doctor Juan B. Justo, sostuvo la inutilidad de la Universidad, alegando que sería mejor que la Facultad de Medicina dependiera del Departamento de Higiene la de Derecho, del Ministerio del Interior; Agronomía y Veterinaria, del Ministerio de Agricultura, etc. La crudeza disolvente de esta actitud tiene, sin embar-

go, su lógica — la lógica de una dura estrechez de espíritu. La angostura del conducto.

Si se recuerda que la Universidad nació en la Edad Media como emoción de la escolástica, esto es, cual una expresión de una filosofía, ya se ve que la Universidad debe tener fundamento filosófico. Si no se admite esta base, tiene razón el mencionado escritor. Ocurrió que la Universidad mantuvo su estructura no obstante haber perdido la unidad filosófica que le diera la escolástica. Persistió el esqueleto. ¿Con qué nuevo dogma podríamos fundamentar la Universidad? Imposible fuera hacerlo mediante la imposición de una verdad oficial. La Universidad no puede tener más dogmas que los absolutamente indispensables para su existencia, en primer término el culto a la patria y sus leyes. En lo demás, la vida universitaria sería imposible, en sus formas elevadas, si no se admite un amplio derecho a la problematización, a fin de que el espíritu pueda hallar nuevas verdades y rectificar errores. Hay, empero, una manera de salvar la Universidad como tal, y es fundarla sobre el concepto de la unidad orgánica de la cultura, concepto que ninguna filosofía, incluso el positivismo, ha negado jamás. Pero es menester que el fundamento sea no ya la letra, sino el espíritu filosófico. En punto a problemas fundamentales todos podemos encontrarnos. Sólo las soluciones tienen divergencias. No es posible que la Universidad prive a sus egresados del sentimiento de la verdad, como condición previa de la verdad técnica, ni que olvide suscitar el sentido de la correlación de todas las formas del saber, subordinadas al sentido de la unidad de la cultura, una e indivisible, como el espíritu que la crea.

No se trata de atiborrar el espíritu con una pseudo-enciclopedia. La división del trabajo se impone en virtud de los límites de la mentalidad humana. Nada más legítimo que el especialismo en su doble forma pura y pragmática. Sólo sabe bien el que sabe bien una cosa. Ya se ha dicho, con gracia, que la "cultura general" está fundada sobre ignorancias particulares. Pero el especialismo es legítimo siempre que no se convierta en actitud angosta, maniática y megalómana. El sabio, puro o técnico, no debe perder jamás de vista el sentido de la unidad del espíritu y de su manifestación axiológica denominada cultura. Debe presumir, por lo menos, que hay otras vitrinas, aún cuando no pueda poseerlas. Cabe, sin embargo, cultivar, en mayor o menor dosis, lo que llamaríamos la cultura fundamental, o sea conciencia de los primeros principios del saber, no de todo el saber, y esa conciencia es precisamente lo que se llama el sentido filosófico. Infiérese de aquí que la filosofía, siquiera como fermento, impide que el espíritu se petrifique en una de sus modalidades, de tal manera que el todo se convierta en apéndice de la parte. El sabio debe ser sabio, pero en función del hombre como ente espiritual. La filosofía concebida así, como sentido de los problemas cardinales, refina el sentido crítico y nos da la "docta ignorancia"; que es la mitad de la cultura. Como dijera Sócrates, frente al tribunal de burgueses que le dio la cicutu, la filosofía es la espuela en el ijar del noble bruto. Estas reflexiones nos permiten restaurar la idea de universidad sobre la base del sen-

tido orgánico de la cultura. En otros términos: la Universidad sólo será tal si tiene sentido humanista, entendiéndose por humanismo el conjunto de disciplinas que estudian al hombre como ser espiritual, en su doble condición de individuo y sociedad.

De ser así, habremos logrado realizar un ideal: la síntesis de humanismo y de técnica. [Esto es lo primero. Otros tendrán que soñar con un fundamento supremo trascendente]<sup>9</sup>. De otra manera: la legitimidad del saber especial, puro o pragmático, como valor-medio al servicio de los valores-fines. El espíritu vive en sus valores, unos más importantes que otros, y él mismo es el valor de los valores, el valor supremo, dentro de lo humano.

El análisis histórico precedente nos ha permitido inferir que la historia del pensamiento argentino, no obstante su sesgo pragmático, explicable en virtud de su origen colonial y la brega en pro de la libertad externa e interna del país, ostenta un innegable esfuerzo, siquiera discontinuo, para lograr, en medio de la ganga utilitaria, la conciencia de la jerarquía de los valores. Existe, por ende, sin duda, una historia de la espiritualidad argentina. Tenemos, pues, precursores, y muy grandes. De ahí por qué no hay nada más bárbaro que las palabras iconoclastas a menudo lanzadas por periodistas y aun políticos, contra las nuevas universidades. Suelen afirmar cuando aceptan la existencia de las mismas, que ellas deben tener carácter técnico, máxime si son regionales. Creemos que el pensamiento técnico es absolutamente indispensable y debe tener forma racional y regional. Pero lo que no puede admitirse es la unilateralidad pragmática que no sirve sino, en definitiva, para deprimir el sentimiento de la verdad como valor en sí y condición previa de la técnica, con la consiguiente depravación del espíritu, por pérdida de la jerarquía de los ideales y de la dignidad ontológica del hombre. Las universidades son instrumentos de primordial calidad para crearle a la patria una personalidad espiritual. Y entiéndase bien, que no predicamos un hipócrita ascetismo. De ninguna manera. El hombre debe vivir y realizar todos los valores, pero armoniosamente. Lejos de nuestro ánimo alentar la retórica de la cultura, vicio frecuente en el humanismo vacío. Ya hemos hablado con precisión al respecto. Ni filosofismo puro, ni científicismo puro, ni tecnicismo puro. Sólo se trata de que la totalidad del espíritu esté siempre presente en cada una de esas modalidades y la parte, a su vez, nutra al todo. No obstante la solemnidad de este acto, permítaseme referir una anécdota. No sienta mal el buen humor a los universitarios. Por algo en francés a la gracia se le llama "esprit". Cuentan que Descartes grande en la filosofía y en las ciencias, fue invitado por la reina María Cristina de Suecia para que se instalara en su corte. El filósofo, que a fuer de hombre completo, también había sido hombre de mundo, asistía a los banquetes de palacio. Durante una comida sun-

---

<sup>9</sup> El autor incorpora al manuscrito: [Esto es lo primero. Otros tendrán que soñar con un fundamento supremo trascendente].

tuosa, estaba sentado frente a duques, condes y marqueses. Al ver que Descartes dividía, con pericia clara y distinta, un esquisito faisán, uno de esos nobles, que sin duda imaginaba a los filósofos y sabios como anacoretas, o viviendo en un tonel a la manera de Diógenes, dirigiéndose a Descartes, con una mirada cargada de picardía suficiente, le dijo: "Ah, ¿conque también los filósofos gustan de estas cosas?". Y Descartes contestó: "¿Cree usted, señor marqués, que Dios ha creado estas maravillas para uso exclusivo de los imbéciles?". Como se ve, fue toda una lección sobre unidad, rango y armonía de los valores. . .

Hay, pues, señores, una historia ascendente del espíritu argentino. Ya se advierte que no somos indignos de nuestra gloria frumentaria, ni creemos que sólo son estimables las grandezas de la carne. . . El progreso, concebido como realización continua de valores, fundamentales y secundarios, anima, con tales o cuales altibajos, la evolución del espíritu nacional. Es misión, cardinal y patriótica, de la Universidad, intensificar ese impulso ya hondo y secular. De ser fieles a nuestro destino manifiesto, podremos ofrecer a la humanidad un certificado de raza idónea en las proezas del espíritu, y así, algún día, se dirá de nosotros que hemos contribuido al advenimiento de una y ejemplar cultura, que será universal a fuerza de ser argentina.